

PRÓLOGO

HIJOS DE BABEL: UNA SINFONÍA INACABADA

Javier Jiménez

Si ya Platón, en boca de Sócrates, aseveraba que la admiración es el origen de la filosofía (*Teeteto*, 115d), será Aristóteles quien afirme rotundamente que «el que se plantea un problema o se admira, reconoce su ignorancia» (*Metafísica*, 982b 18). El conocimiento, que comienza con nuestro asombro por el mundo, se asocia además, desde tiempos presocráticos, con la idea de viaje. En efecto, Parménides, en el proemio de su poema filosófico, nos describe un viaje en carro, tirado por un par de yeguas, y conducido por las hijas de Helios, el dios Sol, que le conducirán ante la diosa de la Verdad; ésta le revelará el camino hacia el conocimiento, frente al de las meras opiniones y apariencias. El núcleo del pensamiento de Parménides, fruto de la revelación de la diosa, consiste en dos proposiciones: «El Ser es, y es imposible que no sea», y «El No-Ser no es y no puede ni siquiera hablarse de él». Una de las consecuencias que se derivan de estas proposiciones es que el Ser es uno, es decir, que cuando se habla de lo real se piensa en lo idéntico. Desde el radicalismo ontológico de Parménides, hasta la «diferencia ontológica» entre el ser y el ente propugnada por Heidegger, el *principio ontológico de identidad* fundamenta toda la tradición filosófica de Occidente.

Tan radical como la idea de «identidad», la idea de «diferencia» surge en el pensamiento occidental asociada a la alteridad, que se opone a la unidad. Desde Platón y Aristóteles, la «diferencia» ha alimentado el debate metafísico y lógico entre unas y otras corrientes filosóficas a lo largo de los siglos. En efecto, en las mutuas relaciones y oposiciones entre lo uno y lo múltiple, identidad y diferencia, unidad y alteridad, se vehicula toda la historia de las ideas.

Esta oposición entre lo uno y lo múltiple la podemos encontrar asociada al mito de una «lengua original única» y a la denominada «cuestión babélica» – «¿Por qué el *homo sapiens* habla miles de lenguas incomprensibles entre sí?»¹–, cuestiones ambas radicales e inseparables que trascienden el ámbito de la

¹ Steiner, George, *Después de Babel*. Traducción de Adolfo Castañón. FCE, México 2001, p. 14.

lingüística, y que adentrándose en los estudios culturales, la filosofía o la filología, la literatura, la poesía o el periodismo, conforman el trasfondo último desde el que reflexionan los traductores encargados de los catorce ensayos que conforman este libro.

La primera manifestación literaria de este mito la encontramos en la cultura sumeria, en concreto en «Enmerkar y el Señor de Aratta», un poema de 600 versos que se considera la más antigua versión sobre el mito de la confusión de las lenguas impuesta por los dioses. El poema aparece en una tablilla que se conserva en un museo de Estambul². En la versión sumeria del mito (anterior al relato del Génesis sobre la Torre de Babel), el dios Enki el Sabio, jerarca de los dioses sumerios, es el responsable de la dispersión de los hombres mediante la confusión de las lenguas y la desaparición del «lenguaje único». Por su parte, Enmerkar, el rey fundador de la ciudad de Uruk –«la bien murada», el hogar de Gilgamesh–, es quien inventa la escritura, lo que permitirá salvar el obstáculo creado por Enki y que hará posible tanto la comunicación entre los hombres como el dejar una huella, es decir, la memoria histórica.

Pero es el pasaje bíblico de la Torre de Babel, por su complejidad y riqueza de detalles, el relato que podemos considerar «mito fundacional» de toda una tradición simbólica que sigue suscitando reflexiones y debates hasta nuestros días.

La historia de Babel aparece en el libro del Génesis incluida en medio del relato del poblamiento de la Tierra después del Diluvio universal. En Génesis 10,8-10 se nos cuenta que «Cus [hijo de Cam, hijo de Noé] engendró a Nimrod, el primer héroe de la tierra. Fue un heroico cazador ante el Señor [...]. Las capitales de su reino fueron Babel, Erec, Acad y Calne, en la tierra de Senaar».

Unos versículos más adelante, en Génesis 11,1-9, encontramos el pasaje completo de la construcción de la Torre de Babel:

Toda la tierra hablaba una misma lengua con las mismas palabras. Al emigrar los hombres desde Oriente, encontraron una llanura en la tierra de Senaar y se establecieron allí. Se dijeron unos a otros: «Vamos a preparar ladrillos y a cocerlos al fuego». Y emplearon ladrillos en vez de piedras, y alquitrán en vez de argamasa. Después dijeron: «Vamos a construir una ciudad y una torre que alcance el cielo, para hacernos un nombre, no sea que nos dispersemos por la superficie de la tierra». El Señor bajó a ver la ciudad y la torre que estaban

² Vicari, Jacques, *La torre de Babel*. Traducción de Felipe Garrido. FCE, México 2006, p. 114.

construyendo los hombres. Y el Señor dijo: «Puesto que son un sólo pueblo con una sola lengua y esto no es más que el comienzo de su actividad, ahora nada de lo que decidan hacer les resultará imposible. Bajemos, pues, y confundamos allí su lengua, de modo que ninguno entienda la lengua del prójimo». El Señor los dispersó de allí por la superficie de la tierra y cesaron de construir la ciudad. Por eso se llama Babel, porque allí confundió el Señor la lengua de toda la tierra, y desde allí los dispersó por la superficie de la tierra.

La tradición teológica judeocristiana ha proporcionado desde hace siglos una interpretación muy concreta de este pasaje del Génesis, que justifica el «*big bang* de la lengua inicial» como freno necesario a la desmesura de los hombres, «el justo castigo de su arrogancia y aun una venganza desastrosa contra el género humano»³. El relato de la construcción de la Torre de Babel, en estos términos, tiene la impronta de «un antiguo terror»⁴.

En el mito de la Torre de Babel, o más bien, en el relato de la interrumpida construcción de la Torre de Babel, «la torre misma constituye la esencia del mito»⁵, a diferencia de otras edificaciones que no hacen sino albergarlo. Tanto en el relato bíblico, como en sus representaciones iconográficas y pictóricas a lo largo de los siglos, la torre se convierte en una «contraseña», con un indudable «significado esotérico»⁶. El relato mítico establece una íntima relación entre el edificio –una obra inacabada, caótica, una construcción abortada, cuya representación muestra la visión de la agonía, y cuyo único destino, abandonada, es convertirse en ruina–, y la primera lengua común, *Ursprache*, de toda la raza humana. En el desarrollo del relato sobre Babel confluyen, pues, tres mitos: el de una «lengua única originaria»; el de «una torre que llegará a las alturas del cielo»; y el de la «diversidad de las lenguas» y «dispersión y falta de entendimiento de los hombres» como castigo divino⁷.

A lo largo de la historia de su interpretación y representación parece que el mito de la Torre de Babel refiera algo acerca de la *conditio humana*: podríamos considerarlo como una réplica del mito de la expulsión del Paraíso⁸. Esta

³ *Ibíd.*, p. 117.

⁴ Steiner, George, *Lenguaje y silencio*. Traducción de Miguel Ultorio. Gedisa, Barcelona 2003, p. 53.

⁵ Benet, Juan, *La construcción de la torre de Babel*. Siruela, Madrid 2003, p. 15.

⁶ *Ibíd.*, p. 17.

⁷ *Ibíd.*, pp. 64-65.

⁸ Sloterdijk, Peter, *En el mismo barco*. Traducción de Manuel Fontán. Siruela, Madrid 1994, p. 15.

«segunda expulsión», tan grave como la primera⁹, tendrá importantes implicaciones teológicas, culturales, sociales y políticas. Edificio y lenguaje único, una vez despertada la cólera divina, caen en desgracia, al cometer un acto de blasfemia, «inspirados los dos por el mismo propósito de alcanzar lo prohibido»¹⁰: la unidad, lo más alto y excelso, en definitiva, la divinidad.

La condena se materializa en la paralización y ruina de la torre, por un lado, y en la dispersión y fragmentación del pueblo único y en la diversidad de lenguas de la raza humana, por otro. La «dispersión de Babel» constata que la humanidad es una especie «virulentamente metafísica, a la que debe humillarse despeñándola en la pluralidad»¹¹. Esta vez es la raza humana, y no un ser humano concreto, la que es expulsada: no de una tierra, sino de una lengua común. Desde entonces, la vuelta al paraíso está asociada al *consensus* y tiene un marcado contenido político¹².

Después de Babel, entender es descifrar, atender al significado es traducir: «La traducción está implicada formal y pragmáticamente en *cada* acto de comunicación, en la emisión y en la recepción de todas y cada una de las modalidades del significado»¹³. En el acontecimiento mitológico de Babel, la fragmentación lingüística es considerada como una catástrofe, como un castigo divino, fruto de la arrogancia del hombre caído.

Pero el «caos constructivo»¹⁴ (sin voz única, sin orden y sin plano) de Babel nos permite extraer una consecuencia política que ya intuyeron y que intentaron plasmar –en clave esotérica–, en sus cuadros y litografías, los artistas de la época de la Reforma (Hans Holbein el Joven, Cornelis Anthonisz, Pieter Brueghel el Viejo), en su enfrentamiento con la Roma papal (la nueva Babel): «La Torre de Babel en ruinas sirve de metáfora al totalitarismo, a la confusión, a los desacuerdos, a la desmesura»¹⁵. Desde entonces, la lengua es un verdadero instrumento político, y la historia de Babel y las ruinas de su Torre se dejan leer como «un mito radicalmente antipolítico o antiimperialista»¹⁶.

La fragmentación y la pluralidad surgen entonces como un atisbo de

⁹ Benet, Juan, op. cit., p. 69.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 70.

¹¹ Sloterdijk, Peter, op. cit., p. 16.

¹² *Ibíd.*

¹³ Steiner, George, *Después de Babel*, op. cit., p. 13.

¹⁴ Benet, Juan, op. cit., p. 30.

¹⁵ Vicari, Jacques, op. cit., p. 128.

¹⁶ Sloterdijk, Peter, op. cit., p. 17.

esperanza, como una resistencia ante el uno todopoderoso. La Modernidad ha propiciado la reivindicación de la alteridad, la importancia del otro, cuya libertad termina donde comienza la propia. Frente a la soberanía de las lenguas dominantes, armas culturales de los sucesivos imperios a lo largo de la historia de la humanidad –«cuya dinámica eficacia surge de la expansión planetaria del marketing de masas, la tecnocracia y los medios de comunicación»¹⁷–, Babel y su mito nos ha de recordar ahora en cambio la importancia de la diversidad lingüística y cultural.

Recuperar la unidad –el consenso, el paraíso– desde la pluralidad no es sino constatar que cada lenguaje humano es rico e importante en su diferencia, que «cada lengua funda un conjunto de mundos posibles y geografías de la memoria»¹⁸, y que cuando muere un idioma, con él muere una forma peculiar y única de entender el mundo.

El mito de la Torre de Babel, su destrucción, por tanto, no es un acontecimiento mítico puntual, sino que la fuerza de su simbolismo se repite cíclicamente a lo largo de la historia, en las diferentes culturas, precisamente porque nos remite a la condición humana: «viene ocurriendo desde *siempre*»¹⁹. La caída, la expulsión, la dispersión y la fragmentación se repiten, pero precisamente esto constituye el triunfo de la lengua, «cada vez más dispersa, cada vez más imprecisa, cada vez más inaprensible»²⁰.

Aquí reside la riqueza de este mito –que no obstante conserva activo y potente todo su horror, reactivado con la destrucción de las torres gemelas de Nueva York–. Ante Babel sólo caben dos actitudes: la *negativa*, donde la ruina se actualiza y persevera día a día por nuestro rechazo, incompreensión y miedo al otro; la *positiva*, basada en la reparación y la construcción de una nueva ciudad, lo que supone la aceptación y entendimiento con el otro y la reivindicación de la «diferencia»: *después de Babel*, con la diferencia de lenguas, y *antes de Babel*, «antes de la expresión del lenguaje, cuando el lenguaje es *sólo diferencia*»²¹–.

El fin del horror comienza cuando descubrimos la «capacidad milagrosa de las gramáticas» de crear universos de sentido, de «construir ficciones de la

¹⁷ Steiner, George, *Después de Babel*, op. cit., p. 16.

¹⁸ *Ibíd.*, p. 15.

¹⁹ Leyte, Arturo, «Después y antes de Babel», en Barja, Juan, y Jiménez, Julián, *La hipótesis Babel*. Abada, Madrid 2007, p. 10.

²⁰ *Ibíd.*, p. 16.

²¹ *Ibíd.*, p. 18.

alteridad», constatando así el «sentido utópico y mesiánico» de la lengua²². La verdadera condena no reside, entonces, en la dispersión y la diversidad de las lenguas, sino en la homogeneización cultural y lingüística, en la unificación globalizante que nos esclaviza: «la maldición reside allí»²³. La de los traductores, por tanto, no deja de suponer una «magnífica empresa»: «La revelación de los secretos mutuos que pueblos y épocas guardan recíprocamente y tanto contribuyen a su dispersión y hostilidad; en suma, una audaz integración de la Humanidad²⁴». La dedicación de los traductores adquiere así tintes de una «fuerza poderosa y penetrante»: su trabajo niega y rechaza «el impacto del castigo divino por la construcción de la Torre de Babel», o al menos intenta «superar sus peores efectos divisivos», sin renunciar a «celebrar las diferencias entre los idiomas»²⁵.

Si contemplamos la pintura *La pequeña Torre de Babel*, de Pieter Brueghel el Viejo, entre la imponente masa de piedra, con sus arcos, rampas y contrafuertes, nos costará distinguir a los operarios que con su esfuerzo titánico realizan su callada labor, entre la invisibilidad y la transparencia. Una imagen potente que nos ayuda a entender ahora el oficio de traductor. La «modesta ocupación»²⁶, aunque sin lugar a dudas ardua tarea de la traducción, hace las veces de los ladrillos y el alquitrán que permiten la construcción, ya no de una torre, sino de una nueva utopía, que cobra sentido gracias a la pluralidad y la diversidad. El consenso y el entendimiento entre los hombres dependen de que se descifren bien los códigos y significados de sus diversas lenguas, es decir, de que se traduzca bien. Y los traductores son los responsables, con la práctica de su oficio artesano, de dotar de sentido a los planos y mapas de este nuevo edificio hecho, ya no de ladrillos, sino de palabras. Acabar con la *confusio babilonica* implica reivindicar el oficio del traductor, cuyo desempeño no puede ser una «ecuación inflexible» entre dos lenguas muertas, sino que debe hacer sentir, en el trasvase

²² Steiner, George, *Después de Babel*, op. cit., p. 15.

²³ Vicari, Jacques, op. cit., p. 128.

²⁴ Ortega y Gasset, José, «Miseria y esplendor de la traducción», en *Misión del bibliotecario*. Revista de Occidente, Madrid 1962, pp. 114-115.

²⁵ Grossman, Edith, *Por qué la traducción importa*. Traducción de Elvio E. Gandolfo. Katz, Buenos Aires 2011, p. 30.

²⁶ Ortega y Gasset, José, op. cit., p. 98.

de la palabra extranjera, «los dolores del alumbramiento en la propia lengua»²⁷.

Hijos de Babel, el ensayo coral que ahora publicamos en Fórcola y que tengo el privilegio de prologar, surge como un intento de reflexionar sobre el oficio de traductor en el siglo XXI, y como un alegato en favor del reconocimiento a «un trabajo intelectual de primer orden»²⁸. A sugerencia de Lucía Sesma, responsable de la idea y del proyecto, por primera vez una editorial quiere dar la oportunidad a estos traductores en activo de compartir sus inquietudes y reflexiones en torno a su labor profesional, desterrando definitivamente al olvido el doble estigma del traductor: su *invisibilidad* –su tarea ha sufrido y sufre aún ese «peculiar menosprecio y continua subestimación»²⁹ por parte de algunos editores y de la crítica–; y su *transparencia* –la «verdadera traducción es transparente, no cubre el original, no le hace sombra»³⁰–. Por su parte, este libro en su conjunto pretende invitar a la reflexión, y en ese sentido no es una obra cerrada, sino un marco de referencia abierto que busca premeditadamente suscitar, no tanto polémica, como debate.

Los catorce traductores que participan en el proyecto *Hijos de Babel* tienen distintas procedencias y ejercen la traducción desde diversos frentes: la poesía, el ensayo, la narrativa, el periodismo, el cómic; y traducen al español o al catalán desde distintas lenguas de origen: el inglés, el francés, el italiano, el portugués, el alemán, el polaco, el esloveno, el japonés o el turco. Todos ellos, además, alternan su profesión de traductores con la práctica de la narrativa, la poesía o el ensayo. Todos ellos, subrayo, comparten la pasión por su trabajo, lo que les ha llevado a aceptar con entusiasmo desde un principio el reto que les propusimos desde la editorial, por lo que quiero dejar constancia de mi más sincero agradecimiento.

Como la ejecución de una pieza musical, la traducción es un acto de interpretación, y su ejecutante, el traductor, ha de dominar no sólo una técnica sino un lenguaje (el idioma de origen), y un instrumento (el idioma de llegada). Permítanme la analogía musical para introducirles en el contenido del libro que está usted a punto de leer. La obra que nos ocupa, *Hijos de Babel*, está interpretada por catorce músicos que conforman un pequeño grupo orquestal y

²⁷ Benjamin, Walter, «La tarea del traductor», en *Angelus novus*. Traducción de H. A. Murena. Edhasa, Barcelona 1970, p. 133.

²⁸ *Ibíd.*, p. 126.

²⁹ Grossman, Edith, *op. cit.*, p. 19.

³⁰ Benjamin, Walter, *op. cit.*, p. 139.

que, al ser interpretada, ha revelado su carácter sinfónico, aunque inconcluso – al igual que la sinfonía de Schubert del mismo nombre–, precisamente por su carácter abierto. Será el lector atento –el último monarca absoluto–, quien concluya y dote de sentido último a la obra, igual que el oyente es quien disfruta plenamente de la densidad de sentido de la pieza sinfónica una vez que es interpretada por la orquesta.

Hijos de Babel se despliega en cuatro movimientos, al modo de una sinfonía. El *Primer Movimiento*, *Allegro*, es rápido y animado, y nos facilita los primeros temas generales de reflexión sobre el oficio de la traducción. Esta parte comprende los tres primeros ensayos: en el primero, *Allegro ma non troppo*, David Paradela lleva a cabo una serie de consideraciones sobre la retraducción – en la que el traductor contrae la obligación de superar a sus predecesores, siempre y cuando se parta de un criterio editorial serio– y sobre las exigencias y particularidades de las nuevas versiones de una obra ya traducida con anterioridad; en el segundo ensayo, *Allegro impetuoso*, Mercedes Cebrián considera que en la traducción, «tarea artesanal», al traductor siempre le resulta difícil negociar con el original, y el texto resultante no deja de ser un artefacto lleno de licencias, trucos y pactos con el lector; el tercer ensayo, *Allegro moderato*, a cargo de Amelia Pérez de Villar, reivindica lo mucho de oficio que tiene la traducción, y que exige del traductor una continua toma de decisiones, para lo que son necesarias buenas dosis de paciencia.

El *Segundo Movimiento*, que es el tronco central de esta sinfonía en forma de libro, es un movimiento lento, propio de los *Adagios*, de marcado carácter teórico y que retoma los temas insinuados con anterioridad, al modo *Andante*, pero los desarrolla más allá, explorando nuevos territorios e invitando a una reflexión calma. Corresponden a esta parte del libro los ensayos que van del cuarto al décimo. Xavier Farré explora las particularidades de la traducción poética, donde además de la fidelidad al original, mera ilusión o tarea imposible, no se descarta la búsqueda de los parecidos, similitudes y semejanzas. Más que la fidelidad al texto, el traductor de poesía, poeta también, debe ser fiel a las tradiciones, es decir, a la cosmovisión tanto del idioma de origen como del idioma de destino. Por su parte, Eduardo Moga, también adentrado en el ámbito de la traducción poética, subraya la tarea agotadora del traductor, que puesto en constante tensión ha de encontrar la palabra justa, en una labor

creativa que, desde una suerte de iluminación, debe buscar por encima de todo la credibilidad. Paula Caballero, en su reivindicación de los clásicos grecolatinos, considera que el traductor ha de ser un especialista, un filólogo que, además de ser lector y crítico, sea intérprete respetuoso de la cultura tanto del texto de origen como del idioma de destino. El séptimo ensayo, a cargo del traductor del premio Nobel Orhan Pamuk, Rafael Carpintero, aborda el difícil tema de la interpretación del sentido del original, que debe evitar peligros tan recurrentes como los anacronismos, los estereotipos o los prejuicios culturales, en el caso de culturas distantes o muy diferentes. La honestidad debe presidir la labor de un traductor atento al punto de vista cultural, por lo que la fidelidad del traductor se debe al contexto original en el que se enmarca la obra a traducir. El siguiente capítulo, firmado por Eduardo Iriarte, subraya la mirada poliédrica del traductor literario, cuya ocupación y preocupación esencial debe ser el resultado final del texto traducido. La tarea del traductor, incide también Iriarte en este punto ya tratado por sus colegas, es oficio, revela una «operación literaria» (Octavio Paz), que convierte al traductor en escritor, y transforma la traducción en reescritura, en disciplina creativa, cuyo objetivo debe ser impedir la depreciación de la palabra. El noveno ensayo, escrito por Juan Arnau, aborda el siempre fascinante universo de las geografías de lo intraducible, el escollo al que se enfrenta todo traductor, ese territorio entre el secreto y la revelación, donde la lengua oculta o revela. Lo intraducible hace humilde al traductor, pero rescata a las lenguas de la homogeneidad y la redundancia de lo indiferenciado. Concluimos este *Segundo Movimiento* con las reflexiones de Martín López-Vega, quien aborda uno de los temas troncales de este ensayo. Tras afirmar rotundamente que no tiene sentido la aspiración a una lengua universal, y defender que «todo lo que se puede decir en una lengua se puede decir en otra», López-Vega reivindica la labor del traductor –artesano relojero– como escritor, un oficio, la traducción, en el que demostrará su talento cuanto mejor escritor sea.

Comienza ahora el *Tercer Movimiento* o parte de este ensayo sinfónico, que tiene un marcado carácter juguetón, divertido, animado, propio de la figura *Scherzo*, y del *Allegro molto vivace*. Intervienen los cuatro últimos traductores: en primer lugar Lucía Sesma (a quien, como ya he mencionado, debemos la idea original de este proyecto). La historia del esquizofrénico Louis Wolfson no es

sino la proyección, por exceso, de la enfermedad que padece todo traductor en el ejercicio de un oficio. Una tarea no apta para pusilánimes, que cada traductor vive con pasión, y en la que pone «todo su ser», como un actor, un escritor o una geisha. Pablo Sanguinetti aborda el menos conocido trabajo del periodista-traductor, cuya labor, doblemente invisible, le convierte en cocreador del texto que traduce. La responsabilidad de este trabajo versa en reorganizar el significado de las noticias en otros idiomas para que cumplan los mínimos requisitos para ser entendidas correctamente por el lector del idioma al que se traduce. En el más literario ensayo de Berta Vías Mahou, «medio en broma, medio en serio», se reivindica la labor del traductor, penosa a veces, pero que, cual arte culinario, revela su grandeza en los pequeños detalles y en el amor al trabajo. Una tarea que, lejos de aspiraciones pecuniarias, logra su virtud cuando se realiza con placer, y cuya recompensa es el trabajo bien hecho. Concluimos este movimiento y el libro con el artículo de Marina Bornas, que nos aporta interesantes reflexiones sobre la traducción en el mundo del cómic y de los formatos audiovisuales. Más que en ningún otro género, en estos nuevos territorios el trabajo del traductor ha de ser invisible, y su traducción, sin olvidar los referentes culturales, ha de fluir con facilidad. La imagen manda, y el trabajo del traductor, bajo enorme presión pero siempre apasionante, ha de ser exacto, claro y comprensible.

Como afirmé más arriba, este libro está inconcluso, por varias razones: porque aunque los temas y enfoques abordados son pertinentes, no agotan todo lo que se puede decir y pensar sobre el oficio de traductor; porque el libro se ha pensado, más que como una tesis cerrada, como un espacio de encuentro abierto al debate; porque como en la propia labor del traductor, no hay punto y final, sino aspiración utópica, constante revisión y actualización de lo dicho. En palabras de Ortega y Gasset, «en el orden intelectual no cabe faena más humilde; y sin embargo, resulta ser exorbitante»³¹. Espero que disfrute del libro. Tome su asiento y dispóngase a degustar de esta sinfonía inacabada.

³¹ Ortega y Gasset, José, op. cit., p. 98.